
Cajón de sastre

La revista *Science* de la primera semana de marzo 2010 publica un estudio de 41 científicos que afirma que sí fue un asteroide lo que acabó con los dinosaurios; el impacto, en Chicxulub, Yucatán, ocurrió hace 65 millones de años.

En diciembre de 2009, la revista *Nature* cuenta cómo el Mediterráneo, separado del Atlántico hace 5.6 millones de años por el alzamiento de la placa africana hacia la placa euroasiática reducido a casi nada por la evaporación (episodio llamado “crisis de salinidad messiniana”), se volvió a llenar. Todavía no hay acuerdo entre los científicos sobre cómo se efectuó esta resurrección, pero Christian Gorini, Jean-Pierre Suc y los otros autores del artículo piensan que, después de cientos de miles de años de desconexión, la erosión terminó por cavar un canal transversal largo de dos kilómetros, por el cual las aguas del Atlántico se precipitaron muy rápidamente hacia el Mediterráneo. Hablan de meses, dos años cuando mucho, lo que contradice tesis anteriores sobre decenas, cientos o miles de años. Calculan una entrada de 100 millones de m³ por segundo, equivalentes a mil veces el río Amazonas, con una subida del nivel de diez metros al día...

Nature nos presenta, en marzo de 2010, a La Mujer X, un nuevo linaje humano. En Liberia fue encontrado un hueso de hace 40,000 años que revela, con su análisis genético, una desconocida migración de homínidos –ni *sapiens*, ni *neandertal*– que salieron de África hace menos de un millón de años. El panorama evolutivo humano se hace cada día más complejo. ¡Qué bueno!

El faraón Tutankamón murió víctima del paludismo, según el *Journal of the American Medical Association*. El análisis de su momia y de 15 más de la familia real de la XVIII Dinastía permite también pensar que sus padres eran Akenatón, el de la revolución religiosa, y una mujer desconocida de la tumba KV35. (*El País*, 17 de febrero de 2010: 38)

Libros académicos y novelas históricas sobre Roma proliferan más que nunca: Escipión el Africano, los doce Césares, los gladiadores y las legiones, Pompeya y el sexo, la muerte de César, Marco Aurelio, las conquistas y la caída del Imperio Romano. Excelente fondo de comercio.

En su *Europa. Las claves de su historia* (RBA, 2010), José Enrique Ruiz-Domènec, historiador de la Edad Media, revisa el proceso de construcción del continente. “No es Roma la que configura Europa... Roma es un imperio panmediterráneo que perdura diez siglos, cuando en Occidente ya ha desaparecido”. Para él, como hace muchos años para Henri-Iréné Marrou, todo empieza con la caída del Imperio Romano de Occidente, con Gregorio de Tours, Beda el Venerable, Alcuino de York e Isidoro de Sevilla. Relata el fenómeno de los antepasados de nuestros inmigrantes ilegales de hoy; dice que conocían perfectamente las ventajas de ser romano y querían serlo.

La arqueología del clima es fascinante. Durante la noche de San Silvestre del año 406, el Rin se heló con fuerza tal que el hielo aguantó el paso de una avalancha humana: los “bárbaros” germánicos, pueblos enteros en marcha con sus carretas.

“Hoy la interdisciplinariedad es de rigor para entender el impacto sobre el clima de los sobresaltos pasados de la máquina climática”. En *Le Monde* del 21 de noviembre de 2009, donde se reseña un coloquio intitulado “Climas y hombres” celebrado del 19 al 21 de noviembre, “deterministas” y “posibilistas” se enfrentan sobre la cuestión de saber qué tanto afectan a las sociedades humanas las crisis climáticas periódicas. En los últimos 10 mil años, cada mil o mil quinientos años hubo un cambio brutal. Entre 5300 y 4200 antes de Cristo, el Sahara empezó a desertificarse; alrededor de 3200, luego de 2200 en Mesopotamia, sufrió aridez; y en 1200 AC ocurrió una gran crisis con las

invasiones y derrumbe de los grandes sistemas urbanos del Medio Oriente y Grecia. En estos casos, hay correlación con variaciones en la actividad solar.

Por cierto, ¿por qué los años 1810-1819 fueron unos de los más fríos jamás medidos? Un equipo franco americano descubrió en el hielo del Antártico y Groenlandia la existencia de un cataclismo volcánico en 1809. Ya se tenía conocimiento de la erupción del Tambora, Indonesia, en 1815, pero eso no explicaba la secuencia 1810-1814. Ahora se encontró otra erupción “estratosférica”, en 1809, jamás documentada y todavía por localizar, en algún rincón del trópico. (Cole-Dal et al., *Geophysical Research Letters*, 2010)

“Un millar de tumbas reescriben la historia de La Ciotat en Provenza”. El Instituto Nacional de Arqueología Preventiva encontró en el corazón de la ciudad un panteón que funcionó entre 1581 y 1831. Los registros parroquiales, conservados desde 1571, permiten una comparación complementaria con los “archivos del suelo”. Esta comparación da el perfil sociológico del entierro. (*Le Monde*, 7 de noviembre de 2009)

En los archivos del Haverford College, Pennsylvania, encontraron una carta de René Descartes fechada el 27 de mayo de 1641 y relacionada con la publicación de sus *Meditaciones metafísicas*. Es una de las 72 misivas que desaparecieron del Instituto de Francia, a mediados del siglo XIX, a consecuencia del robo mayúsculo perpetrado por un matemático italiano llamado Guglielmo Libri. Eric-Jan Bos, holandés que prepara una recopilación de las cartas de Descartes, la encontró y explicó al *New York Times* que el documento es fundamental “porque explica cómo Descartes decidió, en el último momento, cambiar el planteamiento de *Meditaciones metafísicas*”. El Haverford College decidió entregar la carta al Instituto, el cual premió el gesto con 15 mil euros. (*El País*, 26 de febrero de 2010)

En el número anterior de *Istor* hubiera sido conveniente mencionar las insuperables páginas sobre el cólera en *Los novios* de Alessandro Manzini (1827), *El húsar en el tejado* de Jean Giono (1951), *La peste* de Albert Camus (1947) y *El festín durante la peste* de Alexander Pushkin –traducción de una escena de la tragedia inglesa *The City of the Plague*, de John Wilson (1816).

Pushkin, obsesionado por el cólera que golpeaba entonces a Rusia en 1830, incorporó a la traducción dos canciones suyas, la balada escocesa de Mary y el himno a la Peste de Walsingham.

Antonio Saborit, al leer un libro de Adriana Sandoval y Carlos Iliades, *Espacio social y representación literaria en el siglo XIX* (UAM/PyV, 2000), encuentra las siguientes citas de un autor mexicano que ellos exhumaron, Nicolás Pizarro. En carta a Mariano Riva Palacio, fechada el 27 de noviembre de 1862, Pizarro anota: “Es la cosa más rara y contradictoria que en una nación en que sobran tierras, las cuestiones más delicadas sean sobre las mismas [...] no dudo que tendrá usted presente cuánto debemos como cristianos y como representantes del pueblo a esas masas considerables que llamamos indígenas y que son el nervio principal de nuestra sociedad”. Y luego, en su *Catecismo de moral* (1868): “La tierra es de todos”.

León Bloy: “Napoleón nació en una isla, combatió a una isla y murió en una isla. Sólo el océano le dio forma, le otorgó un destino y, al fin, empató y contuvo su grandeza”.

El mismo Antonio Saborit nos manda la rara perla que encontró en las memorias de Silvestre Moreno Cora, redactadas entre enero y octubre de 1908: “Todo esto [la expulsión de las monjas teresas y el escándalo entorno al padre Antonio Icaza] me disgustó mucho [al grado que renunció a su puesto en la Suprema Corte de Justicia de la Nación] y me confirmó en la creencia que siempre he tenido y que cada día confirmo más; la revolución [de Tuxtepec] no ha terminado; tiene que seguir su curso y las víctimas primeras serán siempre los católicos, porque son los únicos que con sus doctrinas y sus ejemplos pueden oponerse a la corrupción general de las costumbres y al desbordamiento de las malas pasiones. ¡Dios quiera y yo me equivoque! Pero creo que la calma en que hemos estado durante estos últimos años, no es más que aparente y que la reacción contra lo que impropriadamente se llama clericalismo y que no es más que catolicismo, tiene que ser terrible”. (pp. 587-588)

De abril a octubre de 2009, en el famoso Castillo de Praga se brindó una extraordinaria exposición de fotografías de la Primera Guerra Mundial, to-

madras por “un soldado desconocido”. De repente, en el verano, se pudo conocer la identidad del notable fotógrafo: el checo Jindrich Bisecky (1889-1949), oficial de Estado Mayor y fotógrafo oficial del 47 Regimiento de infantería del Imperio austro-húngaro.

En 1924 el coronel De Gaulle publicó un libro prodigioso sobre el derrumbe de Alemania: *La discorde chez l'ennemi*. Encontraba entre los principales jefes militares “defectos comunes a estos eminentes personajes: el gusto característico por empresas desmedidas; la pasión de extender, cueste lo que cueste, su poder personal; el desprecio de los límites marcados por la experiencia humana, el sentido común y la ley”. Max Weber no pensaba de otra manera cuando intentó disuadir el Estado Mayor General de emprender la guerra submarina a ultranza que, predijo, provocaría la entrada en guerra de los Estados Unidos y la derrota alemana.

En los años 1920, Adolf Hitler se encontraba bajo vigilancia de los servicios de seguridad franceses cuando el ejército de ese país ocupaba Renania. En la página 20 de su edición del 20 de noviembre de 2009, *Le Monde* publica la fotografía de su ficha. Para estos agentes, Hitler era “el Mussolini alemán”: “no es un imbécil sino un demagogo muy hábil.”

El 3 de julio de 1935, el historiador francés Jacques Bainville, autor de un famoso *Napoleón*, apuntaba en su diario: “Los monstruos desaparecieron del reino animal [...] el mundo político se llena de seres monstruosos y remonta del lagarto al megalosaurio [...] La humanidad que ha conocido, inventado, sufrido gobiernos y regímenes de todos tipos no había visto aún el Estado *totalitario*, enormidad que deja muy lejos detrás el Imperio mongol o el imperio de los Incas. Uno se acostumbra, suspirando. Inglaterra se acerca de la bestia del Apocalipsis y le acaricia el cuello, en la esperanza de amansarla. Pero es Hitler quien piensa poner los sistemas del antiguo liberalismo, incluida la constitución de Bismarck, en el zoológico”. (*Journal, 1927-1935*. París: Plon, 1950, 207)

El 3 de diciembre de 1935, a su regreso de la Unión Soviética, Romain Rolland escribe a Jean Guéhenno: “[...] La URSS tiene sobre nosotros los

occidentales la superioridad de ofrecer a su juventud unos horizontes extremadamente amplios para el trabajo y el entusiasmo. Y como soy esencialmente internacionalista, me alegro del hecho, como si se tratase de mi pueblo [...] Creo que haberle dicho que lo que llevo conmigo de más valioso, a mi regreso de la URSS, es una vasta correspondencia con jóvenes y gente sencilla de todos los puntos de la URSS. Quisiera tener el tiempo para reunir, redactar y publicar un pequeño volumen de dicha correspondencia. Nada mejor para traducir la alegría de una juventud que encontró su vía y la contestación alegre al esfinge roedor de ‘¿De qué sirve?’ [...] Esta alegría por aprender, saber, actuar y vivir es un elixir para la melancolía de nuestros jóvenes de Occidente”.

Vivir a muerte, libro publicado en 2009 por Barril & Barral, recopila un centenar de cartas escritas entre 1941 y 1944 por resistentes en Francia, franceses y extranjeros condenados a muerte por el ocupante alemán y/o los tribunales del régimen colaboracionista de Vichy. Dos son de mujeres.

Al final de un año de análisis, el Internacional Center of Photography (ICP) publicó el contenido de tres cajas de negativos encontradas en 2007 y que pertenecían al fotógrafo Robert Capa; 4,300 negativos, fotos tomadas por Capa, David Seymour “a” Chim y Gerda Taro, muerta en el frente de Brunete, en julio de 1937 (http://museum.icp.org/mexican_suitcase). Al huir de París, frente a la amenaza alemana, para refugiarse en los Estados Unidos, Capa dejó tres cajas de negativos en su estudio. Quién sabe cómo llegaron un buen día a manos de un general mexicano. Años después, un heredero del general fue al ICP, fundado por el hermano de Capa, Cornell. El material es formidable y el ICP prevé dos exposiciones en Nueva York, a fines de 2010, una sobre “Chim”, la otra sobre las cajas.

1941 en los Balcanes. Ciliga escribe en “La Yougoslavie sous la menace intérieure et extérieure” (*Les Iles d’or*. París: Plon, 1951, pp. 43-43): “Mientras los pastores montañoses croatas y serbios, ortodoxos, católicos y musulmanes –y hasta algunos sacerdotes ortodoxos y franciscanos católicos– se dejaban todos ganar por el frenesí del exterminio mutuo, las poblaciones agrícolas abajeñas más civilizadas, fuesen croatas o serbias, miraban con espanto las actividades sanguinarias, llenas de horror y heroísmo bárbaros,

de sus hermanos montañeses. Pero en la lucha prolongada fueron también arrastradas, a la buena o a la mala, en el enfrentamiento general [...] En diciembre de 1941 atravesé Bosnia, entre ruinas y masacres, escuchando el eco de los fusilamientos y de los cantos guerreros, tenía la impresión de encontrarme más de dos mil años atrás, en el campo homérico entre griegos y troyanos [...] Todos héroes, todos asesinos, los combatientes y los verdugos, serbios, croatas, católicos, ortodoxos, musulmanes”.

El 9 de octubre de 2009, el presidente checo, Václav Klaus, encontró un nuevo pretexto para no firmar el Tratado Europeo de Lisboa. Desenterró el viejo asunto de los Sudetes: “No podemos permitir que los jueces de Malta o Madrid que se sientan en el Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas y que ignoran la historia de nuestra región, decidan si los alemanes tienen derecho a recuperar sus propiedades”.

El territorio de los Sudetes, a la periferia de Checoslovaquia, poblado por alemanes desde la Edad Media, fue anexado por Hitler en 1938. Al final de la guerra, tres millones de sujetos fueron expulsados en condiciones terribles: “Tienen 30 minutos. Ocho kilos máximo por persona. Reunión en la estación de FFCC. Quien no acate la medida será castigado según la ley marcial”. Así empezó, en el verano de 1945, un mes después de la rendición de Alemania, la expulsión brutal de esta población.

El gran novelista alemán Reinhard Jirgl cuenta la tragedia de su familia en *Die Unvollendeten* (*Los inacabados*), publicado en 2005.

Tres semanas antes de la bronca armada por el euroescéptico Klaus, de manera civilizada una comisión austro-checa había sido formada para examinar los decretos de expulsión firmados por el presidente Benes en 1945 (praguepost.com del 16 al 22 de septiembre de 2009, y tclifford@praguepost.com).

“Denle calzoncillos al chico”, apunta Stalin sobre una reproducción de un desnudo masculino dibujado por el artista ruso Valentín Serov (1865-1911). “No te sientes con el culo desnudo en la piedra, ve al Komsomol (Juventud Xomunista) o a la Rabfak (Universidad Obrera)”. Una exposición en la galería Marat Gelman de Moscú, en diciembre de 2009, presentó las 19 láminas, todas anotadas por el *Vozhd*. 17 desnudos masculinos, dos femeninos. ❧